

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

RENUNCIA DEL PAPA BENEDICTO XVI

Eucaristía de acción de gracias por el pontificado de Benedicto XVI

24 de febrero de 2013

El lunes 11-2-2013, el papa Benedicto XVI comunicó, en un consistorio de cardenales, su decisión libre de renunciar al ministerio de obispo de Roma, sucesor de san Pedro. Orando y reflexionando ante Dios, y buscando el bien de la Iglesia, ha llegado a la certeza de que, dada su edad de casi 86 años, no tiene fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio que le fue confiado el 19-4-2005. La Sede de San Pedro queda vacante desde el 28-2-2013 a las 20 horas.

La presente celebración ha sido convocada para agradecer a Dios el ministerio de Benedicto XVI. A la Eucaristía, que por su misma naturaleza es siempre acción de gracias a Dios por la entrega de su Hijo Jesucristo, unimos hoy como Iglesia diocesana este motivo de especial gratitud.

Un manojito de sentimientos se unieron en nuestro espíritu ante la noticia de la renuncia: el estupor con la sorpresa, desconcierto, pregunta, silencio y paralización que provoca; el respeto por la decisión tomada en la conciencia iluminada por Dios, ante la cual nos detenemos como en el umbral de un santuario; un cierto deje de tristeza y sensación de pérdida; el afecto cordial a su persona por su dedicación sin reservas y por su entrega sacrificada a la misión encomendada por el Señor; y, ante todo y sobre todo, un sentimiento de honda gratitud por su ministerio tan intenso y generoso; estamos convencidos

de la existencia, o discursos en parlamentos, ha emitido diagnósticos hondos y acertados. Estos discursos luminosos han mostrado cuál es el lugar de la fe cristiana y de la Iglesia en nuestro mundo. Ha defendido la fe en Dios que no se identifica con el irracionalismo ni debe ceder ante la violencia. En nuestro mundo plural, ha apuntado a una forma nueva y respetuosa de relación de la Iglesia con las sociedades, los estados y las religiones. Se ha acercado con la doble antorcha de la fe y de la razón a un mundo que frecuentemente se olvida de Dios, y ha pedido a la humanidad que no se desentienda de la verdad. Sin verdad sobreviene el caos y nos cerramos a un futuro realmente humano. Ha prestado a todos, creyentes y no creyentes, cristianos y no cristianos, católicos y no católicos, un impagable servicio orientador que no debe ser pasado por alto. Estas intervenciones forman un conjunto que, por su lucidez, perspicacia, hondura en la verdad y generosidad en el amor, debe ser recordado y releído. Su ministerio y su persona han sido como un faro de Dios en medio del mundo.

Todo esto confluye en la nueva evangelización, que, siguiendo la invitación de Juan Pablo II, ha proseguido Benedicto XVI. Para afrontarla nos ha ofrecido orientaciones fundamentales. Ante la necesidad evangélica de purificar la Iglesia, Su Santidad Benedicto XVI, apoyado en el Señor, con la valentía que confiere la humildad, ha llevado a cabo una tarea que es también guía para el futuro. ¡Cuánto ha deseado Benedicto XVI que la luz de Cristo vencedor del pecado y de la muerte brille en el rostro de la Iglesia para irradiarla a la humanidad!, como enseñó el Concilio Vaticano II, en el que el joven teólogo Joseph Ratzinger participó.

El cardenal Ratzinger esperaba que le fuera aceptada la renuncia varias veces presentada como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, labor que ejerció muchos años, durante los cuales fue para Juan Pablo II apoyo seguro y vigoroso; se había propuesto escribir un libro sobre Jesús de Nazaret, teniendo como referente *El Señor* de su profesor Romano Guardini. Pero, en esa situación, murió Juan Pablo II y él fue elegido como sucesor. Algo de su renuencia instintiva y de su obediencia a Dios ha dejado entrever en algunas ocasiones. Ha vivido ante Dios, renunciando a sus proyectos cuando el Señor le pidió un duro servicio como a un "humilde siervo en su viña" y aceptando los caminos providenciales de Dios.

tanto en diversos lugares y tareas; la humildad con la que aceptó el ministerio de Pedro y con la que renuncia a él; y la valentía para adoptar una decisión de esta envergadura, que prácticamente no tiene precedentes pero que probablemente sentará precedentes. La humildad cristiana no encoge el ánimo, sino que otorga valentía para tomar las decisiones en conciencia ante Dios, sin buscar el aplauso ni temer la incompreensión.

Hace unos días, Benedicto XVI nos pidió que oráramos por él; al dar gracias por su ministerio y por su vida, le encomendamos a Dios. Lo confiamos especialmente a Nuestra Señora de Altötting, a cuyo santuario peregrinó desde pequeño. Nos unimos a su plegaria para que "asista con su bondad maternal a los padres cardenales en la elección del nuevo Sumo Pontífice". Os agradezco, queridos hermanos, vuestra presencia y participación en esta celebración.